

mente. «¿Que os parece? me dijo.—Muy bien hecha, si no la descubrierais.» Esta calma filosófica la sorprendió. Sin embargo, se apoderó de mi mano, y me dijo: «El amor es el alma del universo, ha desenvuelto el caos y animado la naturaleza: es el fuego que Prometeo ha robado al cielo: este fuego sagrado circula en las aguas y en los aires: da á cada instante la vida á millones de seres; inflama á los hombres, abrasa á los Dioses, y me agita en este momento. Ved mi seno cual palpita.» Decíame esto separando sus velos, y llevándome á él la mano. «Es cierto, la dije, que sus vibraciones son frecuentes. ¿Teneis fiebre?—Sí, una fiebre ardiente, que enciende vuestra presencia.—Si es así, voy á retirarme, porque me reprenderia el causaros la menor incomodidad.—Permaneced, yo lo quiero.—¿Que exigis de mí?—Que me ameis,» respondiome, enlazandome en sus brazos, é imprimiendome un beso. Desplegó entónces todo su arte, la seducción de miradas tiernas y lascivas, la sonrisa hechicera que promete y alienta, el desórden que abrasa y arrastra los sentidos. «Perdeis vuestro tiempo y vuestros besos, la dije levantandome; podeis ser una Circe muy peligrosa, pero hallaréis en mí un Ulises. A dios, Lais, añadí, pues me voy por escusaros el desaire de una repulsa.» Y la dejé, dicho esto, mas encendida

de su confusion y de su vergüenza que de su amor fingido.—Vuestro estoicismo, dije á Xenocrates, es inimitable (11). ¿Con que Lais perdió su apuesta?—Pero no quiso pagarla, Antenor, alegando que ella habia apostado seducir á un hombre y no á una estatua.

En esto se llegaron á nosotros algunas gentes, y nos noticiaron que Teofrasto estaba á los últimos de su vida. Disputaron sobre su edad; pero todos fuéron de dictámen de que moria abrumado de años y de fatigas, pues contaba ya noventa y nueve años cuando compuso su famoso libro *de los Caracteres* (12), que cualquiera diria ser obra de un jóven vivísimo y alegre.

Aprovechéme de la ocasion para evadirme. Necesitaba yo estar solo, y queria buscar á Lastenia; pero perdí pasos y trabajo. Estaba despechado y fuera de mí.

CAPITULO XI.

Papel anónimo mas consolador que el primero: Consecuencias del papel. Muerte de Teofrasto.

AMANEZIA el sexto dia despues de mi desgracia. Llamó un esclavo á mi puerta, y me entregó un billete que contenia estas pala-

bras : « Seguid á ese esclavo sin rezelo, que él os guiará bien. » Como no pude conocer la letra, le pregunté, y me respondió que tenia la órden de acompañarme, y no la de hablar. — Anda, pues, que ya te sigo.

Despues de una hora de camino llegámos á una puertecilla. Abrióla el esclavo, y entrámos en una calle de chopos, al cabo de la cual se presentaba una preciosa casa. Entróme en una sala octógona, sencillamente amueblada, bien que con fino gusto, y desapareció. Delante de la casa habia un terrado adornado con columnas pareadas del órden dórico, que dominaba un gran jardin. Gocé en él de una admirable perspectiva. Descubria el mar cuya superficie plateaba el sol, y tambien el campo risueño con su verdura, rico con los frutos y flores, y cubierto de bonitas habitaciones y de verdes colinas. Al pié del jardin paseaba sus aguas el Cefiso. Estuve un cuarto de hora como encantado con semejante vista, creyendome transportado á los Campos Elísios. Pero no tardé en acordarme de que estaba solo, de que ignoraba por que me conducian allí, y quien la habitaba.

Para cerciorarme, bajé del terrado: recorrí un cuadro lleno de rosas y de las flores mas bellas de la primavera, que tenia en el centro un tazon de mármol blanco, en el que dos nayas vertian de sus urnas abundantes aguas.

Era sobrada mi preocupacion para ver bien, y asi mis estraviados ojos buscaban por todos lados la divinidad de aquel pequeño Elísio. Una calle de plátanos me llevó á una pradera esmaltada de flores, y cortada en muchos parages por un arroyuelo que corria sobre unas guijas. Terminaba la pradera un bosquecillo, en cuyo interior, á derecha y á izquierda, divisé dos gabinetes de verdes hojas. Entré en el de la izquierda, y en él ví dos estatuas de mármel de Paros: la una representaba al amor, el cual con maligna sonrisa ajustaba una flecha sobre su arco, y la dirigia contra una ninfa que estaba enfrente, y que doblaba la rodilla, y tendia los brazos al amor, como rogandole que no la hiriera. Era obra de Alcámenes.

Inquieto siempre pasé á visitar el gabinete opuesto. En medio, sobre un pedestal, estaba el grupo de las tres Gracias, obra magistral, digna de Fidias que era su autor. La primera tenia en la mano un ramo de mirto: la segunda una rosa, para significar la primavera; y la tercera, un huesecillo, simbolo de los juegos de la niñez. Estaba el amor á sus piés, sonriendose con ellas, y mirandolas con benignos ojos. Puseme á examinar de mas cerca la estatua del medio, y me pareció que era retrato de Lastenia. Transportado entónces exclamé: « ¡Oh querida Lastenia mia! ¡ingrata Lastenia! ¿eres

tú? ¿por que huyes de mí? ¿donde estás?» Oí en esto agitarse el follage; salí del gabinete, y ¿que ví? á la misma Lastenia, que me dijo con aire risueño: «Vedla aquí.» Quedé pasmado de admiracion y de alegría. — ¡Vos sois Lastenia! la dije: ¡la que tanto me habeis hecho padecer! ¡la que me abandonais! — Habeisme condenado sin oirme, Antenor: los hombres, y especialmente los amantes, son injustos. Pero sentemonos: escuchad, y juzgad luego..... La noche del dia en que vuestro valor triunfó del fogoso toro, me noticiáron que Teofrasto se moria, y que deseaba verme: yo le queria por agradecimiento y por amistad, pues cultivó mi entendimiento y mi alma. Entre la afluencia de discípulos que tenia en el Liceo (pues se contaban hasta dos mil), me distinguió, y me prodigó sus cuidados y consejos. Le debo la poca filosofía que tengo, y me enseñó á economizar el tiempo. Decíame con frecuencia: «El mayor gasto que puede hacerse, es el del tiempo.»

De algunos años á esta parte vivia retirado en el campo, dondē aun ocupaba el estudio sus ocios. Asi que supe su peligro, pasé á verle. Los cuidados que se deben á la amistad paciente son primero que una promesa hecha al amor dichoso. ¡Ay! encontré á mi amigo moribundo, y con mi presencia se animó.

«¡Amiga mia! exclamó el anciano venerable: ¡que rápida es nuestra existencia! ¡Por que diéron los Dioses á las cornejas y á los ciervos una carrera tan larga (13)? ¡Oh naturaleza! unos seres mudos é inanimados vivirán muchos siglos, y quizá existirán miéntras durare el mundo: ¡y el hombre, dotado de inteligencia, cuyo pensamiento te abarca y te comprende, cuya alma es una emanacion de la divinidad, no tiene mas que un pasage instantáneo! ¡El primer instante de su vida toca al de su muerte! ¡Los astros que le alumbran hoy, alumbrarán mañana su tumba!» Qui-sele persuadir á que su fin no estaba tan cercano. «No temo la muerte, me dijo. ¡Ah! la vida es un viage que se hace de meson en meson. Llegué ya á las puertas de la nada, y es preciso entrar.» Háblome despues sósegadamente de sus disposiciones, de sus obras literarias, de su Tratado de las plantas, y de sus Caracteres, que preferia á todos sus escritos. En el momento de espirar, me tomó la mano, y se la puso sobre su corazon diciendome: «Vé aquí lo que es la vida del hombre.» — Le he llorado dos dias en esta soledad, porque no me pareció bien entregarme á los placeres al dia siguiente de la muerte de mi amigo. ¿Que decis, pues? ¿me hallo tan culpada? ¿os quejais de mí con razon? — De ningun modo: la amable Lastenia

no puede estraviarse siguiendo los movimientos de su corazón. Diciendo esto, la cerré entre mis brazos y la di un beso. — Salgamos de aquí, Antenor, me dijo sonriéndose, porque este asilo puede serme peligroso. — No os olvideis de vuestra promesa, Lastenia, y especialmente de lo que he sufrido. — No, Antenor, no lo olvido; pero el amor no ha dado todavía la señal. Acabemos de ver mi pequeño retiro: venid á ver mi pajarera.

El enrejado de alambre estaba entrelazado con ramas de granados y de laureles. En el centro de la pajarera corría una fuente sombreada por un mirto, y había en ella muchísimos pájaros de los mas raros y vistosos. — Aquí, me dijo Lastenia, sobre este banco de césped, vengo á pasar horas enteras en escuchar la dulce melodía de estos musiquillos: aquí me complazco en observar la amable sencillez de sus costumbres que contrastan tanto con el artificio de las nuestras; y aquí comparo su tranquila felicidad con la inquietud y con las pasiones que consumen al corazón humano.

Pero entremos en aquel recinto de olmos y de cipreses (14). — Triste me parece su aspecto, Lastenia. — Como que han de habitarlo la melancolía y el duelo, Antenor. ¿Veis aquella urna? pues es la que contendrá mis cenizas, cuando este rayo de la esencia su-

prema que me anima se reuna al alma del universo. Aquí vengo muy á menudo á familiarizarme con la muerte. Sois mas jóven que yo, y acaso vendréis algun día á derramar flores sobre ella, y á llorar á vuestra amiga. — Dejemos, Lastenia, esos pensamientos afflictivos. — ¿Por que afflictivos? Si nuestra alma sobrevive á la disolucion de nuestro cuerpo, no puede ser mas que para nuestra felicidad; si es aniquilada, ¿este polvo que huellan nuestros piés es desgraciado? Dejemos correr la vida dulce y sosegadamente, y miremos la muerte como un sueño suave que termina una jornada penosa. Vamos ahora á visitar lo interior de mi soledad, que es un regalo de Aristipo, que he aceptado con el fin de volverlo, muerta yo, á él ó á sus herederos. — ¡Dichosísimo aquel, Lastenia, que pudiera consumir toda su vida á vuestro lado! — Me guardaria yo bien, Antenor, con el amante que fuese mas apasionado, de encerrarme aquí para siempre: todas las rosas se trocarian pronto en adormideras. Advertid que la flor del placer solo se cria sobre los arbustos espinosos.

Estábamos ya entónces sobre el terrado; y Lastenia, despues de haberme dado á admirar la belleza del sitio, el magnífico cuadro del mar, del río y de la campiña, me llevó á la sala. — Aquel gabinete de la izquierda, me

dijo, es el santuario de las Musas, y en él encontraréis libros selectos, y el retrato de Homero, de Hesiodo, de Anacreon y de Platon. ¿Quereis rendirles vuestros homenajes? — No, Lastenia, sino ántes bien llevadme al templo del amor. — La alameda que á él guia, Antenor, es risueña; pero la vuelta suele ser muy triste. Visitemos no obstante la capilla de Flora, que está enfrente, y en ella veréis hermosas flores. — Con dificultad veo, Lastenia, porque mi pensamiento y mi alma habitan en una region superior. — Comprendo que os importuno, Antenor; pero debéis usar de alguna indulgencia con una propietaria deseosa de que admiren su buen gusto y su ingenio en la disposicion y adornos de su casa.

La sala de Flora era de forma ovalada, incrustada de mármoles blancos, con pilas-tras de pórfido. Toda la circunferencia estaba guarnecida de vasos y de cajones de preciosa madera, donde se ostentaban á porfía bellísimas flores. — ¿Que os parece, Antenor, este pequeño templo? — Digno de la Diosa; mas no veo ni lecho ni sillas. — Se puede hallar uno y otro: tirad de ese cordon. — Obedecí, y al punto se medio-abrieron dos bastidores, que me dejaron ver en el fondo un lecho cubierto de ricos tapices. En el centro habia un nichito ocupado por una estatua que tenia el dedo sobre la boca, como para im-

poner silencio: era el Dios de este, llamado por los Griegos *Sigalion* (15). « Esta divinidad, me dijo Lastenia, os advierte de que lo que pasa en este asilo debe envolverse en las sombras del misterio. » Ví la aurora de mi felicidad: tomé á Lastenia en mis brazos, y la precipité á los piés del Dios. Su resistencia fué una mezcla de amor, de deleite y de pudor. ¡Dioses inmortales, conocéis esos transportes, esos éstasis, esos besos de fuego, dados, devueltos, y mil veces repetidos! ¡esa embriaguez, ese furor de placer, que ninguna espresion puede trazar! Las horas huyeron en este arrobamiento celeste.

Un dulce sueño nos encadenó despues el uno en los brazos del otro. Al despertar, el aire refrescado por la cercanía de la noche nos convidaba á gozar de la belleza de la campiña, y de los encantos de la naturaleza. Nos paseámos bajo los plátanos en la pradera. Entretanto pusieron unos esclavos la mesa del festin sobre el terrado. Tomámos el baño, y despues cenámos. La delicadeza de los manjares, la frescura de la tarde, la vista del ocaso del sol que derramaba profusamente por los aires la púrpura, el oro, y los mas brillantes colores; la embriaguez voluptuosa de nuestros sentidos, y nuestra dulce y tierna intimidad, fruto de estos placeres, todo esto junto vertia en nuestras almas torrentes de felicidades,

¡Ay sueño encantador, y como te has desvanecido! ¿Que se hizo aquella hermosura, ídolo de los mortales? ¿no es ya mas que un despreciable polvo? ¿su alma está en el seno de los Dioses, ó evaporada en el espacio? ¡O amada Lastenia mia! ¿oyes hoy mis pesares y suspiros? ¿ves estas lágrimas que derramo, despues de treinta años de separacion?

Al dejarme, me dijo: « Querido Antenor, te he hecho feliz, y tambien á mi misma. Nunca olvides, cuando se te hubiere apagado el amor, que me debes fidelidad y agradecimiento. Creed que una muger sensible y delicada que se abandona á su amante, lo hace, menos arrastrada por sus propios deseos que por el placer mil veces mas dulce y mas íntimo de gozar de los transportes y felicidad de aquel. » Desde este día no existí mas que para Lastenia; mi alma y mi vida no se separaban de su lado. Me alejé del Gimnasio, de la Academia y del Liceo. Pero como yo sabia que Lastenia amaba los dones del entendimiento, daba al estudio los instantes en que no podia verla, deseoso de ponerme á su nivel. Me instruía leyendo obras polémicas, estraia, y me sumia en las abstracciones de la metafísica. Estudiaba la esencia del alma: cada filósofo ú secta me llevaban á un laberinto de que no podia salir. El resultado de mis lecturas era que el alma era un fuego

sutil, un rayo del sol, una porcion del éter, de la divinidad, un espíritu puro, un ser simple, compuesto, que reside en el cerebro, en el corazon, en el diafragma, en la sangre, en todo el cuerpo; que perece, que es inmortal. Fatigado un dia de tantas incertidumbres y de todos aquellos sistemas, hablé de ello con Lastenia, y me dijo: « Arregla los movimientos de tu alma, y goza de sus placeres, como gozas del sol y de los beneficios de la naturaleza, sin procurar levantar el velo que ningun mortal ha penetrado jamas. » Al instante deseché aquel fárrago de una filosofía abstracta, y estudié á los poetas y á los oradores. ¡Que resorte tan admirable es el amor! ¡que talentos y virtudes no haria brotar, si tan á menudo no lo rompiese la hermosura!

Desaprobó Lastenia mi retiro. « No des, me dijo, en imitar á Democrito el bufon, que se metia en los sepulcros para darse al estudio. La vida contemplativa no es la de tu edad. El estudio esencial de un jóven es el del mundo, y es el libro en que debe leer con frecuencia. Como que estás entre los hombres, y como que has de vivir con ellos, necesitas conocer sus usos, sus costumbres, y la diversidad y estrañeza de sus caracteres. En el torbellino del mundo, y en su esfera de actividad, se descubren y se desarrollan los hombres. Tú no has de ser un libro, sino un in-

dividuo de la especie humana. El trato del mundo, cuando hay entendimiento, puede suplir el estudio de los libros; en vez de que la ciencia y la teoría sin la práctica dan al hombre en la sociedad un aire ordinario y prestado, y le hacen inepto para todo. Si acaso es permitido ocultarse en la soledad, es allá al declinar nuestra carrera, cuando ya todo se ha visto y apurado, y cuando se ha pagado la deuda á la patria.»

CAPITULO XII.

Va á alojarse en casa de Polifron. Conducta de Eucaris, muger de este.

FORZADO á mudar de habitacion, Lastenia me proporcionó una en casa de Polifron, uno de sus amigos. Trabé fácilmente amistad con él y con Eucaris su muger, que era jóven y bella. La primera vez que Polifron me presentó á esta, la hallé con Filon, jóven Ateniense, de una figura interesante, que asistia á su tocador: echabase polvos amarillos Eucaris, y se daba con albayalde. Salí luego con Polifron, el cual preguntó á su muger cuales eran sus proyectos para aquel dia. Respondióle Eucaris, que iria con Filon al Odeon (16). Algo sorprendido de la estrecha

union de Eucaris con un jóven, y de la seguridad filosófica del esposo, le pregunté si Filon era hermano de su muger. «No, es un primo mio á quien amo y estimo mucho.» Pensé que este primo podia abusar del parentesco.

Vile despues muy asiduo en la casa, entrando libremente en el aposento de Eucaris, en donde yo no penetraba mas que con el marido. No dudé pues de una inteligencia íntima entre estas dos personas; pero nada dije, ni aun á Lastenia, por no violar los derechos de la hospitalidad.

Sin embargo Eucaris era decente en su conducta, la tierna modestia respiraba en su rostro y en sus miradas, y se citaban su piedad y religion. Antes de casarse, habia sido una de las dos caneforas. He aqui lo que son estas. Cerca del templo de Minerva Poliada (a), hay una casa habitada por dos vírgenes, que los Atenienses llaman *caneforas*, es decir porta-azafates. Estas vírgenes estan consagradas por algun tiempo al servicio de la Diosa, y el dia de la fiesta de esta van por la noche al templo, y reciben de la sacerdotisa de Minerva azafates que llevan sobre la cabeza, sin que ni aun la sacerdotisa sepa lo que contienen. Hay en la ciudad, cerca de

(a) La Poliada, ó protectora de la ciudad.

la Venus de los jardines, un cercado desde el cual se baja á una caverna: allí es donde estas dos vírgenes depositan sus azafates y toman otros, que llevan al templo con el mismo misterio. Despues de esta ceremonia se las despide, y las suceden otras. Un dia que asistia con un amigo á las fiestas de Eleusis (17), alcancé á ver á Eucaris sobre un banco con un gran número de devotas. « Veis á estas buenas mugeres; me dijo mi amigo, pues van á permanecer aquí por devocion doce horas seguidas, sin tomar ningun alimento. — ¿ Que libro es el que leen con tanta atencion? — Un libro escrito en lengua egipcia, con geroglíficos. — ¿ Como! ¿ entienden este idioma enigmático? no las creia tan sabias. — No, no comprenden nada de él; los sacerdotes solo poseen la llave de su contenido, pero creen hacer su religion mas augusta y mas respetable, prescribiendo oraciones en una lengua ininteligible. Mirad con que cuidado conservan estas buenas mugeres su libro; está encerrado en una piel teñida de color encarnado. »

Sin embargo, la devocion de Eucaris no me deslumbraba. Sabia que las mugeres asocian frecuentemente los misterios del amor y los de la religion. Un dia temblé por ella, porque creí que tocaba en la catástrofe de su intriga. Debia yo comer en casa de Polifron.

A la hora de la comida nos fuimos él y yo á su casa. Quisimos entrar en el cuarto de su muger, mas la puerta estaba cerrada. Un esclavo dijo á Polifron que Filon acababa de entrar en él. Estremecíme á estas palabras, y creí ver la puerta despedazada y por tierra; mas Polifron con un estoicismo digno de Zenon: « No turbemos al primo, me dijo, y vamos á esperar al comedor. » Quedé petrificado, y no osé ya pronunciar el nombre de este peligroso primo; mas con grande admiracion mia el sosegado marido me preguntó si le conocia particularmente. — Muy poco, no le encuentro en ninguna parte. — Es porque vive retirado, y apenas frecuenta mas casa que la mia: es un escelente sugeto, valiente como Temistocles; ha hecho ya seis campañas de tierra y de mar: ha sido herido en el famoso combate en que Cabrias, nuestro general, aunque abandonado por los aliados, no pudo ser roto (18). Este jóven mandará un dia los ejércitos de la república; aunque soy pariente suyo, me es permitido hacer su elogio. No tiene las costumbres, ni las monerías, ni los melindres de los jóvenes de hoy dia, que son habladores y estan llenos de vanidad. Se los vé afectar el tener muchedumbre de criados; se hacen seguir por esclavos que llevan un asiento de tijera, para que se sienten en el paseo ú en las plazas:

visten, como las mugeres públicas, vestidos bordados, adoban su tez como ellas, se rizan, se perfuman, se ponen lunares, llevan en el bolsillo espejos y tocadores. Filon no tiene ninguna de estas necedades. — Este jóven entró en el mismo momento con Eucaris, y la comida fué servida. Polifron estuvo muy amable y muy galan con su muger, y colmó de atenciones á su primo. Todos parecian muy contentos; solo yo estaba asombrado, tanto mas cuanto que la reputacion, la prohibidad y los principios de Polifron no tenian mancilla. Asi es que su circunspeccion ó su adhesion tácita á los amores de su muger me parecian un problema indisoluble. Dichosamente el primo salió así que se acabó la comida, y el esposo, á quien llamáron, me dejó solo con Eucaris. Aproveché pues la ocasion para tratar de penetrar este enigma.

Comencé la conversacion por el elogio de Polifron: alabé su dulzura, sus luces, su integridad, y su adhesion por Eucaris. Esta aumentó las alabanzas, y me aseguró que le amaba mucho, que era su mejor amigo, y que debia á la bondad de su carácter y á su complacencia la felicidad de su vida. — «Y á mas de esto, no le creo susceptible de zelos. — No, tiene el alma demasiado noble y elevada, para mancharse con un defecto tan bajo. — Me atreveré á confesaros que, asimi-

landole á muchos otros, he temblado por vos ántes de comer, cuando ha hallado cerrada la puerta de vuestro aposento, y cuando le han dicho que estábais en él sola con Filon. Estoy lejos de formar sospechas poco favorables á vuestra reputacion; pero cualquiera otro marido hubiera podido amostazarse. Perdonad si me esplico con esta libertad.» Eucaris, lejos de avergonzarse, me sonreia tranquilamente. «¡La sangre fria de mi esposo parece que os sorprende! os sorprenderéis mas, cuando sepais que vivo con su primo como con él, y que tiene aquel los mismos derechos y los mismos privilegios. — Convengo en que mi sorpresa redobla; pero vuestra confianza me honra, y os prometo la mayor discrecion. — Os doy las gracias; pero podeis hablar, todo el público está en mi confianza, y Polifron tambien. ¿Esta confesion os sorprende sin duda? — Tanto como la indulgencia de vuestro marido. ¿Acaso las mugeres de Atenas gozan del privilegio de tener dos? — Sí, yo; mas tal vez soy yo la única. — Os felicito, y os apruebo el aprovecharos de él. — Sin duda no conoceis una ley de Solon, que me permite este doble matrimonio. — No, en verdad, pero la hallo admirable, para las mugeres se entiende. Dignaos hacerme conocer una ley que os favorece esclusivamente. ¿Habréis

hecho al estado algun servicio señalado? — No he tenido tal felicidad, voy á tratar de aclararos este problema. Cuando me casé con Polifron, no podia conocerle mas que por la estimacion general que habia adquirido en el mundo: yo no conocia sus cualidades físicas y morales. — ¿Teneis alguna queja de su carácter, de algo de dureza, de su economía? — Lejos de esto, tiene una dulzura y una atencion encantadoras, y su generosidad no tiene mas límites que los de sus bienes y los de la razon; mas un hombre de un moral escelente puede ser marido muy mediano. Un año de indulgencia y de prueba de mi parte no ha hecho mas que agravar sus faltas. — Empiezo á comprenderos: Polifron, á pesar de vuestros encantos, no les paga mas que un ligero tributo. — Cualquiera seria suficiente para una muger honrada, pero el menor tributo está fuera de su posibilidad. — Entiendo: no es mas que un marido ideal; padece nulidad. — Polifron muy convencido de su inaptitud me propuso someterme á la ley de Solon, que permite á una muger, cuando es heredera (y yo lo soy), el recibir en su lecho al pariente mas cercano de su marido (19). Al principio rehusé, pero él me instó. — Y vos cedisteis. — Me nombró á su primo: yo sabia que este tenia mérito y costumbres, y acepté. Desde entónces vivimos

los tres en los lazos de la mas dulce intimidad. » La felicité por ello, pero no la oculté que encontraba singular esta armonía.

CAPITULO XIII.

Otra muger muy adicta á las leyes de Solon sobre los deberes de los maridos.

ESTA conversacion me unió mas estrechamente con esta muger de dos maridos: con el sexo una confianza llama otra. Un dia la encontré en conversacion muy animada con una muger larga, flaca, seca, que tenia largos brazos, cuello largo, faz prolongada, y que no era ya mas que una flor de otoño. Iba á retirarme; pero esta muger se despidió al instante de Eucaris, diciendola con una voz fuerte y con aire colérico: « Recomendadle que cumpla con su deber en adelante; y que de otro modo, aseguralde de mi parte que le citaré delante de los Arcontes. »

Despues que salió, pregunté á Eucaris lo que tenia aquella muger, que habia salido con los ojos centellantes y el rostro enrojecido. — Está furiosa contra su marido, y quiere citarle ante la justicia, y separarse de él, ó forzarle á mas consideraciones con ella. — ¿Es tal vez un hombre duro, brutal, ze-

loso? — No, es un hombre amable y bien educado. — ¡Ah! entiendo: ¿acaso está privado, como Polifron, del fuego sagrado de Prometeo, y su muger pide un suplente? — Tampoco, su situacion es diferente: ademas ella no es heredera, y no ha llevado mas que el dote ordinario de una Ateniense, tres vestidos y algunos muebles. Añadese á esto, que tiene tres hijos de su marido debidos á la proteccion de Juno. — ¿Y como es eso? — Viendose estéril los primeros años de su matrimonio, fué á presentarse al templo de Juno para recibir de un sacerdote lupercal el don de la fecundidad; y he aquí como se comunica este favor. Despojase la muger de sus vestidos, se tiende en tierra, y el sacerdote la azota las espaldas con correas de macho cabrío. — ¿Y el secreto es sin duda infalible? — Los sacerdotes lo aseguran. Mi amiga, despues de esta ceremonia, ha tenido tres partos sucesivos: por lo cual veis que la ceremonia merece nuestra creencia, y que su marido se halla en una posicion bien diferente de la de Polifron. Mas debeis saber que hay una ley de Solon, que ordena á los esposos el llevar al menos tres veces por mes su tributo al altar del himeneo. Parece que el marido de esta muger falta á la ley; porque esta acaba de confiarme sus negligencias, sus omisiones, y los malos pretestos con que colorea su indi-

ferencia y frialdad. — Se vé que esta muger tiene, como Socrates, un profundo respeto por la ley; y aunque no sea ni jóven ni liada, no se puede negar que su cólera es legítima. Es necesario confesar que vuestro Solon era el amigo de las mugeres, y que no ha olvidado los intereses del sexo en su código. — Espero, sin embargo, arreglar este asunto; hablaré al negligente esposo, y le atraeré á su deber. »

Reí mucho con Lastenia de la grave inculpacion de esta muger. « Ese es, me decia mi amiga, el carácter de las Atenienses: bajo la influencia de un clima seco y abrasador, nuestras doncellas estan casi condenadas á una clausura asiática, mas las casadas gozan de una gran libertad. Los maridos Atenienses aman de tal modo el órden y la paz en sus matrimonios, que tratan á sus mugeres con mucha consideracion é indulgencia: perdonan la primera debilidad, y olvidan la segunda. »